



LIAN
HEARN

LEYENDAS de los OTŌRI

EL LAMENTO DE LA GARZA

Una nueva entrega de la serie juvenil de más éxito internacional de los últimos tiempos: Leyendas de los Otori. Takeo y su esposa Kaede han gobernado durante dieciséis años y Los Tres Países son una tierra rica y en paz. Pero ahora, la amenaza de una terrible profecía tiñe de sombras el futuro, y Zenko, el ambicioso hijo de Arai Daiichi, está dispuesto a todo con tal de hacerse con el poder. Sus venenosas artimañas, junto con otras fuerzas humanas y espirituales y algunos secretos que no podrán guardarse por más tiempo, van a poner en peligro el equilibrio y los valores que Takeo y Kaede habían logrado en estos años.

Unos héroes capaces de morir por honor.

Una joven heredera manipulada por los hilos de la ambición.

Un mundo de justos corroído por la traición y la venganza.

Después de *El suelo del ruiseñor*, *Con la hierba de almohada* y *El brillo de la luna*, llega *El lamento de la garza*, la esperada y épica continuación de la fabulosa trilogía *Leyendas de los Otori*.

1

—¡Venid, deprisa! Nuestros padres están luchando.

Otori Takeo escuchó con claridad la voz de su hija, quien llamaba a sus hermanas desde la residencia del castillo de Inuyama. También oía la mezcla de sonidos procedentes del resto de la fortaleza y de la lejana ciudad. Sin embargo, hacía caso omiso de todos ellos, de la misma manera que desatendía la melodía de los tablones del suelo de ruiseñor, bajo sus pies. Únicamente se concentraba en el oponente que tenía frente a sí: su esposa Kaede.

Combatían con palos de madera. Takeo era más alto; ella, zurda de nacimiento, contaba con igual fuerza en ambas manos, mientras que la mano derecha de su esposo había sido herida con la hoja de un puñal muchos años atrás. Por eso Takeo había tenido que aprender a utilizar la izquierda. Y no era aquélla la única lesión que entorpecía sus movimientos.

Era el último día del año. El frío resultaba intenso, el cielo se mostraba de un gris macilento y el sol apenas se vislumbraba. Durante el invierno, con frecuencia practicaban la lucha: el cuerpo entraba en calor y las articulaciones se mantenían flexibles; además, a Kaede le agradaba que sus hijas comprobaran cómo una mujer podía luchar igual que cualquier hombre. Las hermanas llegaron corriendo. Con la entrada del nuevo año, Shigeko, la mayor, cumpliría quince años y las gemelas, trece. Bajo los pies de la primogénita las tablas de la veranda comenzaron a cantar, mientras que sus hermanas, a la manera de la Tribu, apenas rozaban el entarimado. Desde niñas habían correteado por el suelo de

ruiseñor y, casi sin darse cuenta, aprendieron la forma de mantenerlo en silencio.

Kaede se tapaba el rostro con una bufanda de seda roja, de modo que Takeo sólo podía verle los ojos, ahora brillantes a causa de la lucha. Sus movimientos resultaban ágiles e impetuosos y costaba creer que fuera madre de tres hijas, pues aún se movía con la potencia y la libertad de una muchacha. El empuje de Kaede recordaba a Takeo su propia edad y debilidad física. Su esposa asestó un golpe sobre el palo que él sostenía y la mano se le resintió por el dolor.

—Me rindo —anunció.

—¡Ha ganado Madre! —exclamaron sus hijas.

Shigeko corrió hacia Kaede con una toalla.

—Para la vencedora —le dijo inclinando la cabeza y ofreciéndole el paño con ambas manos.

—Demos gracias a que estamos en tiempos de paz —observó la señora Otori con una sonrisa, mientras se secaba el rostro—. Vuestro padre ha aprendido las artes de la diplomacia, y ya no necesita luchar para sobrevivir.

—Por lo menos, he conseguido entrar en calor —repuso Takeo, y después realizó una seña a uno de los guardias que habían estado observando desde el jardín para que recogiera las armas.

—Permítenos luchar contra ti, Padre —suplicó Miki, la menor de las gemelas. Se encaminó al borde de la veranda y extendió los brazos en dirección al soldado. Al entregarle el palo de madera, éste tuvo especial cuidado en no mirar o rozar a la niña.

Takeo se percató de la reticencia del centinela. Incluso los hombres maduros, los soldados aguerridos, temían a las gemelas; lo mismo le ocurría, reflexionó con lástima, a la propia madre de las niñas.

—Veamos lo que ha aprendido Shigeko —propuso Takeo—. Podéis combatir con ella, un asalto cada una.

Durante varios años, su hija mayor había pasado largas temporadas en el templo de Terayama, donde bajo la supervisión del anciano abad, Matsuda Shingen, y la de Kubo Makoto y Miyoshi Gemba, aprendía la Senda del *houou*. Shigeko había regresado a Inuyama el día anterior para celebrar con su familia el Año Nuevo, así como su propia mayoría de edad. Ahora, Takeo la observaba mientras ella cogía el palo que su padre había utilizado y se aseguraba de que Miki se quedase con el más liviano. Físicamente, la joven se parecía mucho a su madre. Ambas compartían la misma esbeltez y aparente fragilidad, pero Shigeko disponía de personalidad propia: era práctica, cordial y ecuánime. La Senda del *houou* imponía una disciplina rigurosa, y los maestros de Shigeko no le hacían concesión alguna a causa de su edad o su condición de mujer. A pesar de ello la muchacha aceptaba con entusiasmo las enseñanzas y el adiestramiento, los largos días de silencio y soledad. Había acudido a Terayama por elección propia, puesto que la Senda del *houou* era una vía de paz y desde la niñez había compartido con su padre la visión de una tierra tranquila donde la propagación de la violencia jamás se permitía.

Su método de lucha era muy diferente al que había aprendido Takeo, y éste disfrutaba al observar a su hija mayor y percatarse de que los movimientos de ataque tradicionales se habían transformado en acciones de defensa propia, con el objetivo de desarmar al adversario sin herirle.

—Nada de trampas —advirtió Takeo a Miki, pues las gemelas poseían las mismas dotes extraordinarias que su padre, heredadas de la Tribu.

Incluso más, sospechaba él. A punto de cumplir trece años, iban desarrollando tales destrezas con rapidez, y aunque tenían prohibido emplearlas en la vida cotidiana, a veces no conseguían vencer la tentación de engañar a sus maestros y burlar a los sirvientes.

—¿Por qué no puedo yo enseñarle a Padre lo que he aprendido? —protestó Miki, pues ella también había regresado recientemente de la aldea de la Tribu, donde la familia Muto se encargaba de su adiestramiento.

Su hermana Maya acudiría allí una vez concluidas las festividades. En aquellos días eran contadas las ocasiones en que se reunía toda la familia, pues la diferente formación de las hijas y la obligación de los padres de atender a los Tres Países por igual suponían viajes constantes y frecuentes separaciones. Las exigencias de gobierno iban en aumento: negociaciones con el extranjero; expediciones y transacciones comerciales; el mantenimiento y desarrollo del armamento; la supervisión de los distritos locales que organizaban su propia administración; la experimentación agrícola; la importación de nueva tecnología y de artesanos extranjeros; los tribunales, que atendían toda clase de quejas y agravios. Takeo y Kaede compartían tales cargas en igual medida. Ella se ocupaba principalmente del Oeste; él, del País Medio, y ambos, conjuntamente, del Este, donde la hermana de Kaede, Ai, y su marido, Sonoda Mitsuru, mantenían el control del anterior dominio Tohan.

Miki, aunque media cabeza más baja que su hermana mayor, contaba con gran fortaleza y velocidad; en comparación, parecía que Shigeko apenas se movía. Aun así, la gemela no conseguía superar la guardia de su contrincante. Momentos después Miki perdió el palo con el que combatía, que se le escapó volando de las manos. Mientras se elevaba en el aire, Shigeko lo atrapó sin esfuerzo alguno.

—¡Has hecho trampa! —protestó Miki, falta de respiración.

—El señor Gemba me enseñó esa técnica —respondió su hermana con orgullo.

Maya, la otra gemela, se enfrentó a Shigeko a continuación, con igual resultado.

Con las mejillas ruborizadas, la mayor de las hermanas suplicó:

—Padre, déjame luchar contra ti.

—Muy bien —accedió él, impresionado por lo mucho que la joven había aprendido y curioso por averiguar cómo respondería ante la técnica de un guerrero veterano.

Takeo atacó con rapidez, sin reservas, y el primer asalto tomó a su hija por sorpresa. Le rozó el pecho con el palo, si bien reprimió el impulso para no hierla.

—Una espada te habría matado —señaló.

—Otra vez —replicó ella con calma, en esta ocasión preparada para el ataque. La muchacha comenzó a moverse suave y rápidamente, esquivó dos golpes y se plantó en el costado derecho de su progenitor, donde la mano era más débil. Avanzó un poco, lo suficiente para desestabilizarle, y luego contorsionó el cuerpo entero. El palo se le escapó a su padre de las manos y cayó al suelo.

Takeo escuchó cómo las gemelas, al igual que los centinelas, ahogaban un grito.

—Bien hecho —aprobó.

—No te has esforzado —se quejó Shigeko, decepcionada.

—Sí que me he esforzado, tanto como en el primer asalto. De todas formas, hay que tener en cuenta que tu madre ya me había dejado exhausto, y además estoy viejo y en baja forma física.

—¡No! —exclamó Maya—. Shigeko ha ganado.

—Pero es como si hicieras trampa —replicó Miki con seriedad—. ¿Cómo es posible?

Su hermana mayor esbozó una sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—Hay que emplear la mente, el espíritu y el cuerpo al mismo tiempo. Tardé meses en aprenderlo. No puedo explicarlo así como así.

—Lo has hecho muy bien —intervino su madre—. Estoy orgullosa de ti.

Su voz denotaba cariño y admiración, como era habitual cuando Kaede se dirigía a su hija mayor.

Las gemelas intercambiaron una mirada.

"*Tienen celos*", pensó Takeo. "*Saben que su madre quiere a Shigeko más que a ellas.*" Entonces le embargó el frecuente sentimiento de protección hacia sus hijas menores. Siempre había intentado apartarlas de cualquier daño, desde el momento mismo de su nacimiento, cuando Chiyo había querido llevarse a Miki, la segunda, y dejarla morir. En aquellos días se trataba de una práctica habitual que, posiblemente, seguía en vigor en la mayor parte del país, ya que se consideraba que el nacimiento de gemelos era antinatural en los seres humanos y les asemejaba a animales tales como los perros o los gatos.

—Podrá parecerle cruel, señor Takeo —le había advertido Chiyo—, pero es mejor actuar ahora que tener que soportar la desgracia y la mala fortuna a las que, como padre de gemelas, la gente pensará que estás destinado.

—¿Cómo será posible que el pueblo abandone de una vez por todas sus supersticiones y crueldades si no les damos ejemplo? —replicó Takeo, indignado, pues al haberse criado entre los Ocultos valoraba la vida de un niño por encima de cualquier otra cosa, y no podía creer que perdonar la vida a un recién nacido pudiera ser objeto de desaprobación o de mala suerte.

Con posterioridad, le había sorprendido la tenacidad de semejante superstición. La propia Kaede no era del todo ajena a ella, y su actitud para con sus hijas menores reflejaba su incómoda ambivalencia. Prefería que vivieran separadas, y así ocurría durante la mayor parte del año, puesto que se alternaban a la hora de alojarse con la Tribu; además, no quería que las dos gemelas se hallaran presentes en la celebración de la mayoría de edad de su hermana, temiendo que su presencia pudiera traer mala suerte a Shigeko. Pero ésta, que se mostraba tan protectora con las mellizas como su propio padre, había insistido en que ambas la acompañaran. Takeo se alegró por ello, pues nunca se sentía tan feliz como cuando la familia al completo se

reunía, cuando se encontraban a su lado. Miró a sus hijas y a su mujer con afecto, y de pronto cayó en la cuenta de que tal sentimiento estaba siendo reemplazado por otro más apasionado: el deseo de yacer con su esposa y notar la piel de Kaede contra la suya. La lucha con los palos de madera había despertado recuerdos de cuando se enamoró de ella, de la primera vez que se habían enfrentado en combate en Tsuwano. Él tenía diecisiete años y ella, quince. Fue allí mismo, en Inuyama, casi exactamente en el mismo lugar donde ahora se encontraban, donde habían yacido juntos por vez primera, llevados por una pasión nacida del sufrimiento y la desesperación. La residencia anterior, el castillo de lida Sadamu —el primer suelo de ruiseñor—, había ardido en la caída de la ciudad de Inuyama; pero Arai Daiichi la había hecho reconstruir de forma similar y ahora se había convertido en una de las célebres Cuatro Ciudades de los Tres Países, a las que el gobierno se trasladaba alternativamente cada tres meses.

—Las chicas deberían descansar —comentó Takeo, puesto que a medianoche se celebrarían prolongadas ceremonias ante los santuarios, a las que seguiría la fiesta del Año Nuevo. No se irían a la cama hasta la hora del Tigre—. Yo también me tumbaré un rato.

—Voy a pedir que lleven braseros a la habitación —repuso Kaede—; en seguida me reuniré contigo.

Para cuando acudió junto a su esposo, el temprano atardecer invernal se había instalado ya. A pesar de los braseros, en los que el carbón vegetal lanzaba destellos, el aliento de Kaede formaba una nube blanca en el aire gélido. Había tomado un baño, y la fragancia a salvado de arroz y hojas de aloe permanecía en su piel. Bajo la acolchada túnica de invierno su cuerpo emitía calor. Takeo desabrochó el fajín de su esposa e introdujo las manos bajo el tejido, atrayendo a Kaede hacia sí. Luego aflojó el pañuelo que le cubría la cabeza, lo apartó a un lado y acarició la pelusa de tacto sedoso.

—No —objetó ella—. Es horrible.

Takeo sabía que su mujer nunca se había repuesto de la pérdida de su hermosa cabellera ni de las cicatrices que marcaban su pálida nuca, que arruinaban la belleza que antaño fuera motivo de leyendas y supersticiones; pero él no reparaba en la deformidad, tan sólo apreciaba la vulnerabilidad de su mujer que, a sus propios ojos, la hacía aún más adorable.

—Me gusta. Ocurre como con los actores: te hace parecer un hombre y una mujer al mismo tiempo; adulta y niña a la vez.

—Entonces tú también tienes que mostrarme tus heridas. —Kaede apartó el guante de seda que Takeo solía llevar en la mano derecha y se llevó a los labios los muñones que ahora tenía por dedos—. ¿Te hice daño, antes?

—No; sólo me molesta un poco. Los golpes sacuden las articulaciones y me provocan dolor... —y en voz baja, añadió:— La desazón que ahora siento es por otro motivo.

—Eso sí puedo curarlo —susurró ella tirando de él, abriéndose para él, llevándole a su interior, enfrentándose a su urgencia con la suya propia y luego derritiéndose de ternura. Adoraba la familiaridad de la piel de su marido, su cabello, su olor y la peculiaridad que cada acto de amor traía nuevamente consigo.

—Siempre logras curarme —dijo él, más tarde—. Me devuelves la entereza.

Kaede yacía en los brazos de Takeo, con la cabeza apoyada en el hombro de éste. Paseó la vista por la habitación. Las lámparas brillaban sobre sus pedestales de hierro, pero más allá de las contraventanas el cielo se hallaba en tinieblas.

—Debió de ser muy cerca de aquí donde nos abrazamos por primera vez.

—Mientras lida estaba muerto, tirado en el suelo. Creo que estábamos poseídos.

—Poseídos, aterrorizados, desesperados. Así me sentía yo. No quería admitir lo que había hecho. Y no esperaba volver a ver otro amanecer. Me costaba dar crédito a que estuvieras allí, conmigo. Me parecía algo sobrenatural, como si tu valentía hubiera colmado todos mis deseos.

Takeo volvió la cabeza para mirarla.

—No fue valentía. Tenía la intención de matar a lida, pero él ya estaba muerto. Permití que todo el mundo creyera que yo le había matado; pensé que así te protegería —murmuró, y se sumió en el silencio.

—Lo valeroso fue el hecho de regresar al castillo con la intención de asesinarle —argumentó Kaede.

—A lo largo de mi vida he cometido muchos actos de los que me arrepiento —replicó él—. Entre ellos, ese engaño no fue el peor, pero no por eso ha dejado de existir. Ojalá pudiera enmendarlo y contarle al mundo entero quién vengó en realidad las muertes del señor Shigeru y la señora Maruyama.

—Yo me alegro de que el secreto siga sin desvelarse —repuso Kaede—. Además, piensa en la confusión que causarías entre los cantores y los poetas: tendrían que volver a escribir el relato de tus gestas.

—El hecho de que todos estos años me hayan tomado por un héroe ha resultado de utilidad, y buena parte de lo que he conseguido ha sido por esa causa. Pero no puedo evitar la sensación de haber estado fingiendo toda mi vida, asumiendo cualidades que no poseo. Las hazañas que ahora se celebran ocurrieron gracias a la ayuda de otras personas, que por lo general han pasado desapercibidas, o por la intervención del destino.

—La carrera a la costa es una de las más celebradas —apuntó Kaede, con un matiz de broma en su voz.

—¡Exacto! Y, sin embargo, estaba huyendo de Arai.

—Y luego el Cielo se encargó del propio Arai —prosiguió Kaede—. Has permitido que el destino o los espíritus

del Más Allá te utilizaran para sus propósitos. ¿Qué otra cosa puede hacer cualquiera de nosotros?

—No hubiera logrado nada sin ti —Takeo acercó a su esposa de nuevo junto a sí y, suavemente, pasó las manos por su cuello magullado, notando al tacto las rígidas nervaduras de tejido causadas por las llamas—. Mientras permanecemos unidos, nuestro país conservará la paz y la fortaleza.

—Tal vez hayamos concebido un hijo varón... —musitó Kaede, incapaz de ocultar la añoranza que su voz denotaba.

—¡Confío en que no! —exclamó Takeo—. Por dos veces, mi descendencia ha estado a punto de costarte la vida. No necesitamos un varón —añadió, con tono más ligero—. Ya tenemos tres hijas.

—Eso le dije una vez a mi padre —confesó Kaede—. Yo opinaba que debería tener los mismos derechos que si hubiera nacido hombre.

—Así sucederá con Shigeko. Heredará los Tres Países, que luego pasarán a sus hijos.

—¡Sus hijos! Ella misma parece aún una niña y, sin embargo, casi ha alcanzado la edad para desposarse. ¿A quién podremos encontrar para su matrimonio?

—No hay prisa. Shigeko es un tesoro, una joya de valor incalculable. No la entregaremos a bajo precio.

Kaede retomó el tema anterior, como si le carcomiera por dentro.

—Deseo darte un hijo varón.

—A pesar de tu propia herencia y del ejemplo de la señora Maruyama, sigues hablando como la hija de una familia de guerreros.

Pasados unos instantes, ella respondió con voz pausada:

—Pero quizá seamos demasiado mayores. Todos se preguntan por qué no tomas una segunda esposa o una concubina con la que tener más hijos.

—Sólo deseo a una mujer —replicó Takeo con seriedad—. Sean cuales fueren las emociones que he simulado sentir o los papeles que haya podido interpretar, mi amor por ti es auténtico, verdadero. Jamás yaceré con nadie más que contigo. Ya sabes que hice un juramento a la diosa Kannon, en Okama. Lo he cumplido durante dieciséis años y no pienso quebrantarlo ahora.

—Me moriría de celos —admitió Kaede—. Pero lo que yo sienta carece de importancia en comparación con las necesidades del país.

—El amor que nos une conforma los cimientos de nuestro buen gobierno. Nunca haré nada que pueda minarlos.

La oscuridad y la quietud que los envolvía impulsaron a Kaede a dar voz a sus preocupaciones.

—A veces tengo la impresión de que las gemelas me obstruyeron la matriz. Tal vez, si no hubieran nacido, yo habría podido concebir hijos varones.

—No deberías prestar atención a las supersticiones propias de las ancianas.

—Puede que tengas razón; pero ¿qué será de nuestras hijas menores? Si algo llegara a sucederle a Shigeko, que el Cielo no lo permita, es impensable que recibieran la herencia que corresponde a su hermana. ¿Y con quién se casarán? Ninguna familia de nobles o de guerreros se arriesgaría a aceptar a una gemela, sobre todo si está contaminada (perdóname, te lo ruego) con la sangre de la Tribu y cuenta con esos poderes extraordinarios que tanto recuerdan a la brujería.

Takeo no podía negar que a menudo le perturbaban los mismos temores, pero trataba de apartarlos de su mente. Las gemelas eran casi unas niñas: ¿quién sabía lo que el destino les tenía guardado?

Kaede hablaba con voz soñolienta.

—¿Te acuerdas cuando nos separamos en Terayama? Me miraste fijamente a los ojos y me quedé dormida. Nunca te he contado que soñé con la diosa Blanca. "Ten pa-

ciencia —me dijo—, él vendrá a buscarte". Y en las cuevas sagradas volví a escuchar su voz, que repetía las mismas palabras. Fue lo único que me ayudó a soportar el cautiverio en casa del señor Fujiwara. Allí aprendí a ser paciente, a esperar, a no hacer nada que pudiera servir de excusa para tener que quitarme la vida. Y después, una vez que él hubo muerto, las cuevas eran el único lugar donde anhelaba estar; deseaba regresar a la diosa. Si tú no hubieras llegado, habría permanecido allí, a su servicio, el resto de mis días. Pero llegaste. Te vi... tan delgado, todavía afectado por el veneno, con tu hermosa mano destrozada. Jamás olvidaré aquel momento: tu mano sobre mi cuello, la nieve cayendo, el áspero lamento de la garza...

—No merezco tu amor —susurró Takeo—. Es la mayor bendición de mi existencia; no puedo vivir sin ti. Mi vida también ha sido guiada por una profecía...

—Me lo contaste. Y hemos presenciado cómo se cumplía: las cinco batallas; la tierra, que cumpliría el deseo del Cielo...

"Le anunciaré el resto ahora —resolvió Takeo—, le explicaré que no quiero varones porque la ermitaña ciega me dijo que mi propio hijo me traería la muerte. Le hablaré de Yuki y del hijo que ésta tuvo, que ahora tiene dieciséis años y del que yo soy padre".

Pero no encontró aliento para causar dolor a su mujer. ¿Qué conseguiría removiendo el pasado? Las cinco batallas habían entrado a formar parte de la mitología de los Otori, aunque Takeo era consciente de que él mismo había decidido cómo contar aquellas batallas: podrían haber sido seis, o cuatro, acaso tres. Era posible alterar y manipular las palabras de manera que pudieran significar casi cualquier cosa. Cuando se creía en una predicción, ésta con frecuencia se convertía en realidad. Decidió no difundir la profecía, no fuera a ser que, al hacerlo, le otorgara vida.

Se dio cuenta de que Kaede se había dormido. Bajo las mantas sentía calor, aunque en el rostro notaba el aire hela-

do. Al cabo de un rato tendría que levantarse, tomar un baño, vestirse con ropas formales y prepararse para las ceremonias que darían la bienvenida al Año Nuevo. Sería una noche larga. Los músculos de Takeo empezaron a relajarse y él también se sumió en el sueño.